



LA LECTURA POPULAR

Año XLVIII

Orihuéla 1 Enero de 1930

Num. 1105

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

Los pequeños abusos

El mal de hoy, la enfermedad inquietante, la que hace vivir el cuerpo social en desasosiego continuo, presa de picazón molesta, que le irrita los nervios y se los crispa y le hace rebullir en sus asientos, son los pequeños abusos.

¡El pequeño abuso!

Muchas, muchísimas gentes no se atreven, por su conciencia, por su educación o por su temperamento, a quejarse en redondo y escandalosamente de las leyes de la justicia. No asaltan como el ladrón de los antiguos despoblados, ni como el ratero o descuidero de las grandes ciudades, ni como los timadores de empresas y bancos; no hieren tampoco la justicia y la caridad en grado tan irritante como los crueles señores de esclavos, ni como los inhumanos tiranos de sangre, ni como los feroces tigres de las guillotinas revolucionarias...

Grandes injusticias, no.

La sociedad actual no tolera en su ambiente templado los grandes abusos.

¡Pero el pequeño abuso!

El pequeño abuso es el que escapa fácilmente de las mallas de la ley penal, aunque no escape tan fácilmente de las mallas de la ley moral.

El pequeño abuso que examinamos, es algo así como los desconchados o las grietas o las manchas del edificio social.

El pequeño abuso es la palabra dura o la ira desbordada en el amo o en el superior; es la venganza de la pala-

bra venenosa y denigrante en el sirviente o en el súbdito; son los minutos robados o recargados en la jornada legal; son los céntimos escatimados en el jornal; es la imposición, suave, engañada, exigiendo servicios indebidos; es el signo de amistad negado; son los días de enfermedad del obrero o de la obrera discutidos y regateados; es la impasibilidad ante las desgracias del semejante que vive en plano inferior...

¿Quién podrá contar y determinar todos los pequeños abusos?

El pequeño abuso se caracteriza por la falta de delicadeza cristiana en las obras relacionadas con el prójimo. Los pequeños abusos son los actos sociales de los cristianos tibios.

Y conforme ha ido menguando en la sociedad el espíritu ardiente del Evangelio han ido aumentando y generalizándose los pequeños abusos.

Y el edificio social se va desconchando y agrietando, es verdad que con pequeños desconchados y pequeñas grietas, pero desconchados y grietas al fin, que duelen y causan desazón.

Por eso se habla de malestar social, malestar general que se extiende a todo el cuerpo de la sociedad humana.

Las pequeñas grietas si se multiplican y se van adentrando en los muros y en las partes vitales del edificio, lo resienten primero y lo derrumban después.

Así mueren todas las viejas edificaciones.

Los pequeños abusos, generalizados, son camino seguro para que la

sociedad llegue al completo agrietamiento acabándose lentamente como corroída por veneno disolvente de sus entrañas.

Se va poco a poco secando la savia cristiana; se van enconando las pequeñas heridas; se van distanciando las clases sociales; se van aflojando los resortes y se van gastando los engranajes de la máquina social... y se va viniendo la muerte, paso a paso, pero a paso firme y seguro...

¿Remedio?

¡Ser más justos, con la delicadeza de la justicia cristiana; ser más caritativos con el ardor y solicitud de la caridad de Cristo!

L. Almarcha

Loubet ha muerto; Cristo vive

Loubet ha muerto.

Su nombre era tristemente célebre por ir unido a las leyes anticristianas de la vecina nación.

Durante su paso por la presidencia de la república la Iglesia sufrió en Francia las mayores vejaciones; su nombre va unido al de los grandes perseguidores de la Iglesia.

¡Combes, Viviani; Clemenceau, Loubet: los cuatro perseguidores han muerto!

Y los cuatro han podido presenciar las funestas consecuencias de su obra y también su derrota con la reacción del espíritu católico francés.

De los cuatro el más moderado era Loubet; pero no por eso su gestión deja de ser execrable.

También Pilatos fué el más moderado entre los enemigos de Jesucristo...pero firmó su sentencia de muerte.

Las leyes que los sectarios franceses esperaban que habían de acabar en Francia con la esposa de Cristo, la Iglesia, llevan la firma de Loubet...

Dicen que Loubet cuando abandonó la política en 1906 y se retiró a la vida privada en un campo, recibía todos los días al párroco y no faltaba ningún domingo a misa. En sus últimos años le asistía una religiosa.

Loubet ha tenido que acudir como Clemenceau en la hora de su soledad y amargura a los que fueron sus perseguidos. Dios los ha castigado en vida al ridículo de tener que abrir las puertas de sus casas y de su confianza a quienes ellos, como políticos, cerraron las puertas de Francia y declararon indeseables.

Loubet ha recibido los últimos sacramentos muriendo en el seno de la Iglesia.

Dios le habrá perdonado.

Dios perdona a sus perseguidores cuando se arrepienten...

Loubet hombre particular ha dado un mentís a Loubet político.

A la hora de su muerte no ha encontrado a su lado, de la sociedad, más que a una religiosa, que le ha asistido y a un sacerdote que le ha absuelto y le ha ungido con la extremaunción; es decir, la Iglesia, con las llaves de la eternidad en las manos y con el espíritu de caridad en el corazón.

¡Qué lección para los políticos de todos los tiempos!

El poder de las llaves, el odiado poder de las llaves, obsesión de Viviani, obsesión de Combes, obsesión de Clemenceau, obsesión de Loubet, que soñaron en destruirlo y fué el norte de suspensamientos y el móvil de sus actos, ahí queda, indestruido, intacto, con todo su vigor, como salió de manos de S. Pedro Apóstol, sobre la tumba del último superviviente de aquella guerra religiosa...

Y no se podía esperar mayor triunfo que el conseguido: que la cruz haya recibido el *yo peque* del perseguidor con las últimas ansias de su alma y el último beso de sus labios.

Loubet ha muerto; Cristo vive y reina hasta sobre la misma tumba de Loubet.

L. A.

Un niño mártir

«Con gozo sostuvo la cruz y mereció estar sentado a la derecha del trono de Dios»—(Hebr 12, 2).

Bajo el reinado de Alejandro II de Rusia, que tuvo tan desastrosa muerte, unos soldados moscovitas recorrían la campiña para maltratar, por orden superior, las poblaciones católicas. Llegados a un bosque, vieron a un niño de doce años que estaba recogiendo leña. Le rodearon y le preguntaron con ruda fiereza:

—¿Cuál es tu religión?

—Soy católico,—contestó el muchacho sin perder la serenidad.

Los soldados le mandaron entonces santiguarse. El niño obedeció, haciendo la cruz a la manera católica, esto es, llevando la mano desde el hombro izquierdo al derecho, y no del derecho al izquierdo, como predicaban los cismáticos rusos.

El niño seguía las enseñanzas de la Iglesia católica.

Los soldados pretendieron obligarle a santiguarse como los rusos cismáticos, pero no pudieron conseguirlo, a pesar de que no escasearon los consejos, ruegos y amenazas.

En vista de esta negativa, el jefe le condenó a ser fusilado. Para el efecto le arrimaron a una haya, le sujetaron al árbol, retrocedieron los soldados un poco, cargaron los fusiles con mucho aparato, y apuntaron a la inocente víctima, esperando se les mandara hacer fuego. El niño pálido, lívido, pero resuelto, fijó sus ojos en el cielo y se puso a orar esperando el momento supremo.

El jefe, con el objeto de prolongar el suplicio, mandó bajar los fusiles, y dijo al mártir:

—¡Mal perro! tú no vales lo que cuesta la pólvora y las balas que se iban a gastar, pero voy a ahorcarte si persiertes en tu reveldía a nuestro emperador.

El niño, con el valor que infunde la gracia, se encojió de hombros y por to-

da respuesta se santiguó otra vez como enseña la verdadera Iglesia.

Visto esto, lo llevan a una cocina, le ponen al cuello una soga con un nudo corredizo y... ya solo falta suspenderlo, para lo cual víctimas verdugos solo esperan la voz de mando.

El jefe pregunta de nuevo al mártir si quiere santiguarse como los rusos, y el niño responde con un signo negativo.

Entonces el emisario del emperador dice:

—Es lástima gastar una cuerda nueva para un pequeño miserable, ordena echarle al agua para que ahogue.

Bajan al niño de la encina y lo conducen a un estanque helado. Abren un agujero en el hielo, desnudan al mártir, y en esta disposición le sumergen de manera que solo saque la cabeza para prolongar el tormento.

Los soldados, crueles como buenos verdugos, se le acercan para gozarse en sus tormentos. El jefe de la pandilla le pregunta por última vez si quiere santiguarse como los rusos, y apenas el mártir contesta que no, cuando el hielo para sostener el peso de los que gozaban en el tormento del santo niño, se rompe, sumergiéndose en el fondo del estanque. La mayor parte de los soldados con el jefe, los cuales acabaron allí su vida de muy distinta manera que su víctima.

Todos murieron, pero mientras uno sube al cielo con la palma de la corona del martirio, los otros bajan al infierno para ocupar el sitio reservado a los perseguidores de Cristo.

¡Qué preciosa el alma de un niño con la sangre del martirio!

La murmuración

Ella todo lo averigua, todo lo explica, todo lo sabe y todo lo dice.

Constituye una especie de comercio mutuo, íntimo, cambio recíproco, continuo de cuentos, chismes, historias... que se establecen en toda reunión de lenguas sucias.

La murmuración se parece al humo. ¿En qué? En que se disipa pronto y que ennegrece todo lo que toca.

A la vez se parece a lima sorda que corta sin ruido, y a la gota de agua que rompe la piedra.

CASOS Y COSAS

Siguen a la orden del día las planchas anticlericales de la prensa izquierdista y de los amigos del arte antiguo que a la vez son amigos de la prensa anticlerical.

El último escándalo ha sido de los que forman época por el batacazo de los escandalosos.

Habían dicho:

—En la Diócesis de Astorga han vendido objetos antiguos.

Y el Obispo de Astorga contestó:

—No es cierto. No se ha vendido nada.

La Academia de la Historia que también lleva pitos en esa Banda envió una comisión para que examinasen si, en efecto, estaban en Astorga los objetos en discusión.

Pero el Obispo dijo a los comisionados:

—La revisión en mis Iglesias sólo puedo hacerla yo y mis superiores; ustedes señores académicos, no tienen título legal, ni decente, para meterse en casa ajena.

Los comisionados se volvieron mohinos y cabizbajos a Madrid, sin poder rechistar, porque la contestación del Obispo de Astorga no tiene vuelta de hoja.

Mas lo que es un acto de dignidad y de ejercicio de sagrado e inviolable derecho del Obispo lo interpretaron gentes aviesas y mal intencionadas por un deseo de ocultación.

En estas calendas la policía sorprende unos viejos retablos en casa de un chamarilero de viejo en Madrid; se enteran los comisionados, se enteran la prensa, se enteran los nuevos devotos del arte religioso y comienzan a gritar:

—Ahí, ahí es á el cuerpo del delito. Las ventas de Astorga están comprobadas...

Y comienza el examen:

—¿De donde son esos retablos?

—De Cuevas de Carrocera.

—¿Y donde están esas Cuevas?

—En la provincia de León.

—Justo y cabal, ya no hay duda: eso pertenece a la Diócesis de Astorga.

Y comienzan las diatribas contra el Obispo.

—¿Ve su Ilustrísima como había gato encerrado en su negativa a la Comisión?

Y de Astorga o de otro lado, no lo sabemos, contestan:

—Cuevas de Carrocera pertenece, no a la Diócesis de Astorga, sino a la de Oviedo.

Y de Oviedo contestan:

—Esa venta no solamente no está autorizada, sino que es para nosotros enteramente desconocida.

Y de Cuevas de Carrocera dicen:

—El párroco no ha autorizado esa venta, ni ha querido recibir las mil pesetas que la junta de vecinos propietaria de la Ermita ha tomado para reparaciones de la capilla...

Nunca como ahora pueden pronunciarse aquellas palabras del poeta latino:

«Han parido los montes y ha nacido un ridículo ratón»

La historia ha quedado en un miserable ratoncillo... que es propiedad de unos vecinos de un pueblo desconocido que se reúnen un día para vender una cosa que estiman suya y la venden no con el objeto de lucrarse sino de reparar un oratorio que necesitan para el cumplimiento de sus deberes religiosos...

¡Ah! ¡vaya...!

La Gaceta ha publicado un decreto prohibiendo la asistencia de los niños menores de catorce años, a los toros y al boxeo.

Está muy bien, sobre todo al boxeo, porque despertar la afición de los niños al mamporro no es muy delicado ni muy propio de un ambiente civilizado.

Pero no es bastante. ¿Y el cine? El cine inmoral; el cine de sensaciones intensas que trastornan el sistema nervioso; el cine de robos y secuestros etc, etc, es tan bárbaro como el boxeo y muchísimo más que los toros. ¿Por qué no aplicar la misma ley?

Y sin embargo los daños del cine son más generales que los de esos espectáculos, pues la exhibición de películas se ha extendido hasta las aldeas y caseríos rurales.

Y en la ciudad todavía hay algún

miedo a las protestas; pero en las aldeas, se exhibe todo, aun lo más averiado...

Las películas que ni en las cloacas de las ciudades pueden exhibirse son llevadas a pueblecitos pequeños con detrimento grandísimo de las gentes sencillas y buenas...

Venga, venga pronto una extensión de ese Decreto para que por lo menos queden los niños, resguardados de los males del Cine.

Contra Irigoyen han atentado en la Argentina, contra Calles en Méjico, contra los Reyes de Bélgica en Italia.

Todos han salido ilesos; pero no así los Mandamientos de la Ley de Dios que dicen: «No matarás» y basta la intención consentida para la violación de la Ley.

Sin embargo el liberalismo debe continuar sesteando tranquilamente al resguardo de sus doctrinas, según las cuales todos los principios y todas las intenciones son buenas con tal que no se produzca el hecho.

Solamente habría despertado de su sesteo si la sangre hubiera corrido, y únicamente entonces habría exclamado: ¡No altereis el orden! ¡No turbeis a nadie la digestión!

Buen programa.

A. Hernán

La virtud y el vicio Las dos caras

Allá en Milán, en el convento de S. María de las Gracias, está representada «La Última Cena», obra inmortal del célebre «Leonardo de Vinci».

No sé si alguno oyó narrar el impresionante episodio recordado por este cuadro. El artista pensaba en esta ocasión encontrar un modelo adaptado para representar la figura del Divino Salvador, y con grande satisfacción encontró en una Iglesia un monaguillo, encanto de hermosura, de nombre Pedro Baudinelli. Fué este el joven que aceptó de muy buena voluntad propuesto como modelo, hallándose feliz en ser elegido para servir de imagen de Nuestro Señor.

Sñar despierto

Transcurrieron los años y nuevamente se vió a Leonardo de Vinci rodar por las calles. En esta ocasión buscaba un modelo para representar a Judas y así concluir su trabajo. Leonardo andaba muy preocupado, porque no podía encontrar tal personaje: Deseaba un sujeto que diese a comprender en sus facciones todos los síntomas de Judas.

Finalmente se encontró con un joven que parecía muy aventajado y cuyos movimientos significaban los de un alma depravada. Llevó a este desconocido delante del cuadro de «La Cena» y enseguida comenzó a pintar a Judas, pero el infeliz tembló de miedo, y se puso pálido y desconcertado, luego lloró amargamente. Aquel hombre era Pedro Baudinelli. Se había entregado a los vicios, y con esta mala costumbre, cambió el rostro de Cristo en el de Judas. ¿Si el cuerpo había cambiado en aquel miserable estado, como debía estar su alma?

¡Ah! si las tumbas, si los hospitales, las cárceles pudiesen hablar! Desde los túmulos silenciosos que reciben antes del tiempo en su profunda oscuridad tanta floreciente juventud, cuantas lecciones nos deberían a veces dar!

Lector querido, escucha la voz del Señor: «Si alguno violare el templo de Dios, El lo pondrá en los brazos de la muerte; pues el templo de Dios es verdaderamente santo, y los templos sois vosotros.»

Variedades

Cuando seas maltratado

El beato Enrique Susón quejándose a Dios por las cruces que le enviaba, oyó estas palabras del cielo: «Enrique, aún no comprendes bastante las palabras de Cristo paciente. Sepas que Dios no se contenta con un corazón bueno y sensible como el tuyo; quiere algo más. Quiere que cuando seas maltratado de palabra o de hecho, lo soportes todo con paciencia, que mueras a tí mismo y procures aplacar con palabras suaves y humildes a tus perseguidores. Tal es la doctrina que Jesús enseñó cuando dijo: «Os envío como ovejas entre lobos.»

Hallábanse en una misma habitación dos gallegos haciendo vida común. Uno de ellos se encontraba falto de dinero, y aunque creía prudente pedirlo al compañero, le repugnaba.

Por fin se determinó cuando ya estaban acostados y le dijo así:

—¡Pericu!

—¿Qué quieres?—Le contestó el otro.

—Te quiero muchu,

—Buenu, hombre, buenu, yo también.

—Te quiero más que a mi padre y a mi madre.

—Buenu, hombre, buenu; pero déjame dormir.

Al poco rato le vuelve a llamar,

—¡Pericu!

—Pero hombre ¿qué quieres?

—Eu, te quiero más que a toda mi familia.

—Buenu, hombre, buenu; pero déjame dormir.

Por fin se descaró y le dijo:

—¡Pericu!

—¡Hombre! ¿Qué quieres? Dímelo de una vez.

—Empréstame un duru hombre.

—Dormu, dormu.

—¿Y... me hablas?

—Es que estoy soñando.

INVENTO NOVÍSIMO

Reproducción de las mejores PINTURAS RELIGIOSAS DE ESPAÑA

Siendo nuestra Patria la primera en producciones de Arte, no es de extrañar que haya artistas deseosos de contribuir a la difusión de tales riquezas de orden espiritual, que son las más valiosas y trascendentales.

Hace pocos días supo el cronista que había obtenido patente de invención un impresor de los de mayor fama de Madrid, y aun de España entera, y con toda diligencia acudimos a sus talleres, situados en la amplia y hermosa calle de Núñez de Balboa, número 21; vía situada en el centro del aristocrático y cultural barrio de Salamanca.

Llegamos a la Imprenta. Estamos frente a su Director Jefe, D. José Blass, culto y muy laborioso alemán, que lleva muchos años de residencia en España, y que seguramente es el primer hispanófilo en nuestra Patria. El simpático germano, nos acoge con su acos-

tumbrada afabilidad, y cuando le expresamos que sus manifestaciones las destinábamos a este periódico accedió a complacernos, y he aquí lo principal de cuanto nos expuso:

Dedicado, toda mi vida a la imprenta, y siendo una de mis preocupaciones las estampaciones artísticas—nos dijo—, surgió en mi mente hace más de quince años el deseo de popularizar los mejores cuadros religiosos de España, pero para ello era preciso inventar nuevos procedimientos. Desde entonces laboro sin descanso, y el invento ha surgido, gracias a Dios.

Aquí puedo presentar a usted—me dice—, las últimas pruebas de mi incansante labor. Son tres reproducciones de las famosísimas Concepciones y de la Virgen del Rosario, del inmortal Murillo; los dos Cristos, no menos céleberrimos, de Velázquez; la Adoración de los Reyes, de Rubens; y la Virgen de los Dolores, de Tiziano. Como nadie ignora, los cuadros originales se hallan en el Museo del Prado, de Madrid, el más rico del mundo.

Por otra parte también están terminándose otros lienzos celeberrimos de asuntos profanos, que no dudo agradarán a los inteligentes. Son: las Hílanderas y la Rendición de Breda (vulgarmente llamado cuadro de las Lanzas), ambos de Velázquez; la Gallina Ciega, de Goya, etc.

«Artóleo» se titula mi invento.

Ya han examinado las pruebas personas muy versadas en el arte, y han quedado sorprendidas al observar la perfección de las copias, porque no se distinguen de los originales.

Todo esto hace que me halle muy satisfecho de que mis afanes y desvelos se vean realizados y de que el público de modesta situación económica, tanto la clase media como la obrera, pueda ahora decorar fácilmente sus habitaciones. También a los ricos les interesarán mis lienzos.

Tales fueron las palabras con que modestamente se expresó el inventor.

El cronista quedó maravillado al examinar esa nueva galería pictórica. El invento es realmente asombroso.

Antes de despedirnos, le felicitamos, no solamente como artista, sino más aún como fervoroso católico, que ha querido que las primicias y la casi totalidad de sus obras se destinen al enaltecimiento de nuestra Sacrosanta Religión y de nuestras joyas pictóricas españolas. Todos los creyentes, todos los patriotas le debemos gratitud, y merece el inventor que le ayudemos en su obra, ciertamente bendita por Dios.

Eduardo Navarro Salvador

Madrid y Noviembre de 1929.

Imp. La Lectura Popular.—Orizuela.